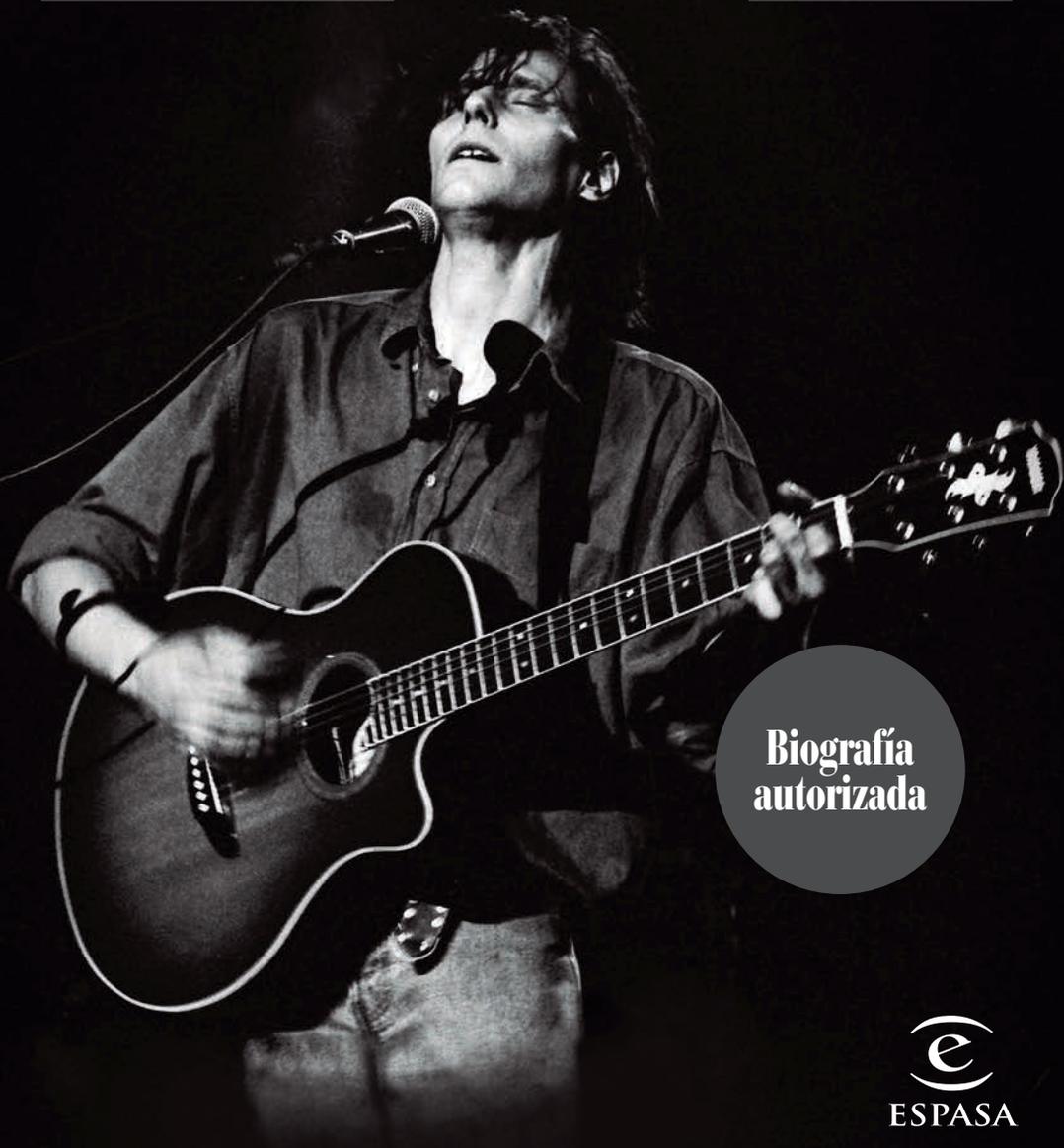


Magela Ronda

ANTONIO VEGA

Una vida entre las cuerdas



Biografía
autorizada


ESPASA

MAGELA RONDA

ANTONIO VEGA

Una vida entre
las cuerdas



ESPASA

© Magela Ronda Rodríguez, 2023
© Rolling Words, 2023
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Espasa es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com
www.espasa.es

Letras reproducidas en el texto:

«El sitio de mi recreo», «Una décima de segundo», «Estaciones», «La última montaña», «A medio camino», «Mis dos amigos», «Un día y otro», «Te espero», «Ángel de Orión», compuestas por Antonio Vega; «Entre tu y yo», compuesta por Carlos Vega: © Warner Chappell Music Spain. Cortesía de la familia Vega Tallés. «Mis dos amigos»: © 1991 by Antonio Vega Tallés, Carlos Vega Tallés. Universal Music Publishing MGB Spain
«Lleno de papel»: © 1994 by Antonio Vega Tallés. Universal Music Publishing SLU.
«Mi hogar en cualquier sitio», «Tributo a Felisa Sanz»: Escritas por Antonio Vega Tallés. © 1997 Sony Music Publishing

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
Fotografía de cubierta: © Chusmi10
Imágenes de interior: Cortesía de la familia Vega Tallés
Preimpresión: Safekat, S. L.

ISBN: 978-84-670-6856-6
Depósito legal: B. 21.716-2022

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España / *Printed in Spain*
Impresión: Huertas, S. A.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Índice

<i>Introducción</i>	15
PRIMERA ESTROFA. De sol, espiga y deseo	19
El corazón en las estrellas	19
Nacer con prisa	20
La vida en la pensión Tallés	23
Espiar tras la puerta	25
Los hermanos Vega (y su vecino) montan un grupo y otro y otro	28
Música sí, pero todavía no	30
Teresa, mi mujer, y Nacho Béjar, mi «hermano»	32
Desengancharse de todo y de todos	42
Todas las primeras veces	48
Antonio Vega y Nacho García Vega	49
Antonio Vega y Carlos Brooking	50
Antonio Vega y Nacho Béjar	51
Antonio Vega y Basilio Martí	54
Antonio y Teresa	56

SEGUNDA ESTROFA. De nieve, huracán y abismos	59
He montado un grupo, ¿te apuntas?	59
Nacha Pop y los Demás	61
Escucha este tema, te va a encantar	65
Un día cualquiera no sabes qué hora es	68
Al Penta a escuchar	70
Tengo una cita con el rock and roll	72
Queremos que grabéis una maqueta	74
Teloneros de Siouxsie & The Banshees... ..	79
... y de Ramones	81
De músico a músico	82
La vida en Hispavox no es como me la contaron	84
Tengo un compromiso con la música	90
El verano es un escenario	91
Lápices de colores	93
Este es un frío país	96
Diez años pasan volando	99
Puertas abiertas	101
TERCERA ESTROFA. Silencio, brisa y cordura	105
Volar solo	105
El buen productor	107
No me iré mañana	112
Un escenario perpetuo	117
El alquimista y la física del sonido	128
Todo lo que abarca una décima de segundo	143
Antonio, cántame el cuento de Curro el Palmo	156
Historia de una canción	157
El hueco que dejas	163
3000 noches con Marga	171

Otra vez Nacha Pop	173
La última voz	178
CUARTA ESTROFA. El sitio de mi recreo	185
Encanto y honestidad	186
La presencia de la muerte	189
No es un chico triste y solitario	192
Abismo y desapego	195
Compañera de viaje	196
VERSOS LIBRES. Un tipo feliz	201
Nacho García Vega	202
Carlos Brooking	203
Nacho Béjar	204
Carlos Narea	205
Basilio Martí	206
Carlos Vega	207
Teresa Lloret	207
A MODO DE EPÍLOGO. Seis cuerdas para contar emo- ciones infinitas	209
<i>Bibliografía</i>	<i>211</i>
<i>Discografía de Antonio Vega</i>	<i>213</i>

PRIMERA ESTROFA

De sol, espiga y deseo

El corazón en las estrellas

En su nombre, Antonio Vega llevaba una estrella, en su interior muchas más. Sus estrellas le hablaban con el lenguaje de la música, le susurraban armonías y acordes desconocidos que solo unos pocos músicos eran capaces de descifrar. Se hacía indispensable preguntarle cómo había llegado hasta allí, y Antonio, generoso como sus estrellas, cogía la guitarra y, en una décima de segundo, convertía lo complejo en sencillo, la duda en certeza, la pregunta en respuesta. Luego te miraba y sonreía, con esa manera especial de sonreír con los ojos. Era una risa alegre y silenciosa, de esas que solo manejan unas pocas personas de espíritu honesto y desprendido, una risa en la que se adivina la infancia, la mirada del niño que descubre y se asombra con cada detalle, fascinante o terrible, minúsculo o abrumador, con que nos sorprende la vida.

Fue un músico de voz de terciopelo y un compositor de melodías sugerentes, evocadoras y seductoras. Igual que lo era él, igual que su esencia, indicios de un vasto universo interior. El

artista se parecía a su obra y fue dejando pedazos de su corazón en cada riff, en cada verso. No nos encontraríamos escribiendo estas líneas de no ser así, no estaríamos tratando ahora de comprender al hombre y al creador. Desenredar emociones nunca fue tarea fácil, ni siquiera para Antonio Vega.

Antonio era un perfeccionista, un hombre de mente científica y racional: emborronaba libretas, tachaba adjetivos, y reescribía versos, incapaz de conformarse con un lenguaje superficial que no explicara con precisión y delicadeza el enrevesado mundo que vibraba en su interior. Grande, gigante, universo. Nunca pudo o nunca quiso, qué importa eso ya, echar raíces demasiado profundas, quizá porque temía que le impidieran volar, quizá porque intuía que le impedirían vivir, quizá por eso, Antonio Vega, siempre tuvo el corazón en las estrellas.

Nacer con prisa

«Yo nací un 16 de diciembre, el de 1957 en particular, con mucha prisa, pues solo habían transcurrido siete meses y medio de embarazo materno. Dos hermanos esperaban por mí en los albores del uso de la razón y tres hermanas por llegar completarían la raza de los Vega...». Con estas palabras comenzó a escribir Antonio Vega lo que buscaba ser el relato de su vida, el resto de la narración se perdió para siempre en el incendio de su casa del barrio de Ríos Rosas.

Es fácil imaginar que Antonio se hubiera entretenido durante un buen puñado de páginas en relatarnos una infancia feliz en la casa familiar, junto a sus padres y sus cinco hermanos, primero en General Moscardó y más tarde en el acomodado barrio de La Piovera de Madrid.

No resulta fácil escribir autobiografía, pero son tantas las experiencias por las que me he vivido que me encuentro en la vida. He escrito una libro autobiográfico que refleja parte de los meses últimos años, desde que llegué a vuestra ciudad de Orléans de sol.

No pasa mucho tiempo, y no lo es verdaderamente. Pero ~~pasado~~ muchos meses por las tardes a realidades mundas lejales, idóneas, en el momento de tanto minuto.

Han ocurrido algunas cosas intensas como para dar a luz a un nuevo mundo, de conclusiones personales y esto se refleja en los textos y la música.

Han significado éstos unos años de reflexión y reorganización del poder de la voluntad. Sin dudar, y lo digo con sinceridad, no falta de una mujer, y para escribir textos. Nada sobra y cada vez me siento más cerca de lo que he querido. La unificación de lenguajes de expresión en idiomas activos. Por medio de conversaciones amables, con un pensamiento. En la obra de la conexión con una escritura única musical, en que emplea los mismos términos, su punto exclusivo de cada rama artística.

Antonio, él mismo lo cuenta, llegó con prisa a este mundo, y a Mari Luz Tallés, su madre, se le quedó dentro la sensación de que ese hijo suyo precisaba cuidados extra, que venía con una cierta debilidad de nacimiento y necesitaba por tanto doble ración de amor materno. Antonio Vega siempre fue de su madre, ella era su figura de referencia y los dos compartían rasgos, carácter y una especial y desbordada sensibilidad. Mari Luz no dudó en volcarse con el mediano de sus hijos y de alguna manera transmitió su sensación a los demás, en una familia numerosa como eran los Vega Tallés todos debían echar una mano con la intención familiar, a todos los niveles, todos cuidaban de todos.

La intuición de una madre es poderosa, aunque nada en la infancia de Antonio Vega parecía darle la razón. Antonio, eso sí, fue un niño inquieto al que había que motivar y «alimentar» con estímulos constantes, y eso, de alguna manera, le convertía en un niño agotador, en el mejor sentido de la palabra. Es aventurado utilizar la palabra «normal» para definir a una persona, adulto o niño, la normalidad es un territorio extenso y subjetivo, así que

sería más acertado escribir que Antonio no fue un niño corriente. Tuvo una infancia normal, común, feliz, aunque, demasiado a menudo, su cabeza le llevaba a lugares diferentes y más profundos que a cualquier otro niño de su edad. Antonio tuvo desde siempre una necesidad urgente por aprender, dominaba el razonamiento lógico, hacía preguntas y esperaba respuestas lo suficientemente satisfactorias, no se conformaba con evasivas o ambigüedades. Esa infrecuente necesidad de encontrar respuestas, unida a la tendencia del pequeño Antonio a evitar el conflicto, le hacía tener ciertas actitudes que preocuparon a Mari Luz, quien decidió llevar a su hijo al psicólogo para que le hicieran un estudio completo. Resultado: Antonio era un niño «normal», solo que, con una capacidad intelectual muy alta, su coeficiente era de 168, era un chaval superdotado. «Tengo una noticia buena y una mala —les dijo el psicólogo—. La buena es que tiene el mismo coeficiente intelectual que Einstein, la mala es que no os puedo dar la enhorabuena, estos niños suelen ser muy problemáticos».

En los años sesenta ni se hablaba ni se distinguía entre PAS (personas altamente sensibles), personas con altas capacidades y superdotación; como en tantas otras disciplinas, el cuidado o la simple atención a la salud emocional estaban todavía en pañales y se percibía más como ciencia ficción que como ciencia. Y sucede que las altas capacidades y la superdotación suelen ir unidas a una alta sensibilidad, entre cuyas características está una casi inevitable necesidad de rehuir el conflicto. «Antonio evitaba los conflictos y es que, además, le afectaban sobremanera. Siempre fue muy sensible, y cualquier disputa, cualquier cosa que se escapara, digamos, a su nivel de aceptación de la situación le generaba incomodidad, porque tenía una hipersensibilidad tremenda. Al final, las personas que tienen ese nivel de sensibilidad en el fondo están permanente-

mente alerta y pendientes de las reacciones de los demás, sobre todo si tienes esa capacidad intelectual que tenía Antonio. Acabas incluso montándote películas que no son reales: “Este me ha mirado mal”. Pues no, este no te ha mirado mal... Simplemente te ha mirado. Si vas más allá en el análisis, te puedes acabar quedando con que te ha mirado mal y que te ha mirado mal por esto o por lo otro, con lo cual pues acabas creándote una película irreal» (Carlos Vega).

La vida en la pensión Tallés

Ricardo Vega, padre de Antonio, era un prestigioso médico traumatólogo de origen leonés. Mari Luz Tallés era la dueña y señora de su casa, una madre leona dedicada a cuidar del hogar familiar y educar a su numerosa prole. Lo de ser familia numerosa venía de lejos, pues los bisabuelos de los Vega eran veinticuatro hermanos y las ramas del árbol genealógico Vega Tallés eran frondosas y pobladas. Entre tíos, primos, primos segundos y amigos de la chiquillería, las celebraciones familiares nunca reunían a menos de veinte o treinta personas. Con seis hijos en casa siempre había un cumpleaños, un santo, una fiesta que celebrar, y en casa de los Vega se celebraba todo. Mari Luz nunca cocinaba solo para los ocho de casa, pues siempre había invitados espontáneos a la mesa, hasta el punto de que los amigos de los hermanos mayores, Ricardo, Carlos y Antonio, llamaban a la casa de los Vega la pensión Tallés.

En contra de la imagen que la mayoría de la gente se ha formado de Antonio Vega, nunca fue un niño tímido. Tenía lo que podríamos describir como una timidez relativa o selectiva, pero era sociable y disfrutaba haciendo el payaso en las reuniones familiares. Los Vega Tallés eran una familia, con esa connotación

especial del término que se da en las familias numerosas, donde todos los miembros colaboran y nadie se escaquea a la hora de ayudar a poner o quitar la mesa, hacer la cama u ordenar su habitación, y si a alguien se le pasaba por la cabeza intentarlo, se llevaba una buena colleja de alguno de los hermanos. «Antonio no se hacía el despistado. Para él era como un juego, era parte de la fiesta. Aquí estamos todos juntos, ¿qué hay que hacer ahora? Pues lo hacemos. Y como no había opción de escaquearse, hacerlo con la mejor de las caras» (Carlos Vega).

Antonio era un niño rebelde, pero rebelde con causa, con sus razones. Tenía la necesidad de entender el mundo, todo lo que sucediera en el mundo, desde la física cuántica hasta por qué hay que ponerse crema solar. Cuando se rebelaba era porque estaba convencido de que tenía que hacerlo, de que no había que aceptar todo lo que le dijeran viniera de quien viniera... A no ser que le convencieran de lo contrario y en ese rifirrafe dialéctico había que exponer suficientes argumentos para persuadirlo; aun así, no resultaba pesado en la defensa de su criterio. Quería y necesitaba llegar al fondo de las cosas, pero si esa defensa llevaba al conflicto, entonces paraba y se quedaba a solas con su razón.

Y luego estaba, por supuesto, el deporte, la necesidad de gastar toda esa energía, de moverse, de expresarse también físicamente. Antonio fue un niño activo, nervioso y un gran deportista. «Era un superdotado en los deportes. En lo que se metiera destacaba, porque era muy fibroso, muy nervioso en el sentido físico. Tenía una capacidad física tremenda. Yo creo que en parte por eso llegó hasta donde llegó, quiero decir, al final, su organismo por lo menos estaba preparado para el castigo. Antonio hizo judo, mucho kárate, alpinismo, atletismo... En realidad, para él, el deporte era también una necesidad» (Carlos Vega).

El pequeño Antonio acumulaba aficiones, saltaba de una a otra y las vivía con obsesiva intensidad, como si quisiera exprimir al máximo lo que fuera que emprendiera y, además, parecía resultarle sencillo. No necesitaba esforzarse por aprender tal o cual técnica, pero sí buscaba dominarlas, quizá para entenderlas a un nivel más intelectual, más racional, como si detrás de cada afición se escondiera la respuesta a una de las grandes preguntas o intuyera un significado oculto que necesitaba encontrar. Ya desde niño, en lo que se metía, se metía de lleno, de una forma obsesiva y pasional. Para lo bueno y para lo malo, no existía el término medio en Antonio Vega.

Cuenta su hermano Carlos, con una sonrisa en la mirada al recordar a su hermano, aquella vez que sorprendió a Antonio encaramado a lo alto del armario de la habitación que compartían, provisto con el equipo de escalada completo: crampones, piolets... Antonio dijo que estaba coronando una cima, Carlos sabía que solo estaba destrozando el armario. Antonio tenía doce o trece años, y esta vez le había dado por el alpinismo. Estaba fascinado por la escalada, la montaña, el camino... y si no podía salir a la sierra, no importaba, su casa estaba repleta de armarios. La pasión por la escalada, junto con la música y la guitarra, es una de las obsesiones que acompañaría a Antonio durante toda su vida de adulto. Para muestra, «La última montaña», uno de sus temas preferidos, un tema que nunca quiso dejar de tocar.

Espiar tras la puerta

En casa de los Vega Tallés, la música era casi un miembro más de la familia. Ricardo Vega padre había cantado ópera en sus años mozos, el tío Tino era barítono profesional, había una cultura y

un interés musical evidente en todos los Vega Tallés. En cuanto a música clásica iban servidos y fue el padre quien les descubrió a sus hijos la música moderna el día en que trajo a casa un disco de los Beatles.

Al notar el interés de sus hijos mayores por la música, Mari Luz contrató un profesor de guitarra para darles clase a Ricardo y a Carlos. Tenían diez y doce años, Antonio solo siete, sus manos eran demasiado pequeñas para coger el instrumento, tendría que esperar unos años hasta que llegara su turno. Sin embargo, a Antonio no le convencía mucho eso de tener paciencia y esperar. No era un argumento válido para él.

Las deseadas clases de guitarra se impartían en la sala de espera de la consulta médica del padre de los Vega. Había unas puertas correderas que daban a su despacho, vacío durante las clases, excepto por el pequeño Antonio que, escondido y en silencio, abría una rendija en la puerta y espiaba y escuchaba atentamente las explicaciones del profesor. Al acabar la clase, Antonio corría a su habitación, cogía una guitarra e intentaba reproducir de memoria la lección de ese día. Que sus hermanos mayores tuvieran permiso para explorar un mundo nuevo y fascinante al que a él se le negaba la entrada era algo inadmisibles, casi una absurdidad, para la manera de ser de Antonio Vega.

Nunca llegó a recibir clases de música. Más allá de la típica asignatura, con un contenido muy elemental en el Liceo Francés, su único profesor de guitarra fue su hermano Carlos, quien, al ver el interés que mostraba Antonio por la música, se sentaba a su lado para enseñarle acordes, giros, solos y tratar de responder a las interminables preguntas de su hermano pequeño. «Antonio era sorprendente, por eso yo me animaba más a enseñarle todo lo que pudiera, porque realmente no solo era una esponja en

cuanto al interés que tenía, es que tenía unas cualidades absolutamente excepcionales» (Carlos Vega).

Aquellas clases fueron la semilla de la mayor de las pasiones de Antonio Vega. A lo largo de su vida iría cambiando de intereses, de aficiones, pero la música, en el sentido más amplio del término, la ambición por componer y por dominar la guitarra parecía no tener fin, daba la sensación de que siempre existía la posibilidad de ir más allá, de seguir aprendiendo, un algo inagotable que no le cansaba y jamás le traicionó ni le decepcionó.

Antonio y Carlos compartían habitación e inquietudes y, con los años, entre los dos se fue forjando una complicidad especial en muchos sentidos. Como sucede a menudo, el pequeño Antonio, aunque de carácter independiente y libre, tenía siempre un ojo puesto en su hermano mayor, quien le iba enseñando y abriendo camino. A los dos les dio por coleccionar discos, ahorrar la paga semanal y cuando el bolsillo estaba lo suficientemente lleno peregrinar hasta su tienda de discos habitual y comprar ese último vinilo de Larry Carlton o Jimmy Hendrix, o Crosby, Stills and Nash o Buffalo Springfield o Led Zeppelin... Antonio era muy ecléctico y abierto en sus gustos musicales, como era habitual en él, quería absorberlo todo, conocerlo todo, y cada vez que llegaban a casa con un nuevo LP, esa noche, los dos hermanos lo colocaban debajo de la almohada para no separarse de él ni un instante. Era un tesoro, uno más en su colección que iba creciendo poco a poco.

En Antonio se notaba una intención muy evidente en desarrollar la técnica de la guitarra; se fijaba sobremedida en músicos como Jimmy Page y su adorado Larry Carlton. Lo que empezó con clases de guitarra clásica robadas tras la puerta de un despacho fue creciendo y pasando a otro tipo de guitarras e instrumen-

tos. Había tanta música por descubrir que parecía algo inabarcable. Para un carácter como el de Antonio, aquello era algo parecido a lo que habrían sentido los antiguos alquimistas al encontrar la piedra filosofal o el manantial de la vida eterna, no se podía pedir nada más.

Si la inquietud por las melodías y las composiciones comenzó con aquellas clases, la otra parte de la ecuación, las letras, la escritura, también tenía su hueco en la vida de Antonio, para quien el día parecía no tener suficientes horas en las que calmar sus ansias de aprender. Cuentan sus hermanos que, aunque de niño y adolescente era un buen lector, lo que de verdad le gustaba era escribir. Cuentos, relatos, frases, pensamientos... De hecho, ganó un concurso de relatos con dieciséis o diecisiete años. Antonio acumulaba libretas con dibujos, apuntes y reflexiones, y el único al que le estaba permitido gulumear entre esas anotaciones era a su hermano Carlos. Al menos hasta que Teresa entró en su vida unos pocos años después.

Los hermanos Vega (y su vecino) montan un grupo y otro y otro

Dentro de casa, los hermanos Vega montaron un grupo: Ricardo al bajo y Antonio y Carlos voz y guitarra. El escenario era la casa familiar y los espectadores, la familia y los amigos, poco más. Fuera de casa, Ricardo y Carlos formaron otra banda junto con su vecino de urbanización, Emilio Aragón, que estaba estudiando piano y se salía con los teclados. Y resultó que esa otra banda necesitaba percusión y batería, ¿a quién se le podría dar bien? A Antonio, por supuesto, pues nada, hermanito, te ha tocado, ¿te

vienes? Al pequeño de los chicos Vega le faltaba tiempo para decir que sí cuando se trataba de tocar un instrumento, el que fuese; todos se le daban endemoniadamente bien.

Un tiempo después, Ricardo abandona «el grupo» para centrarse en sus estudios, y Carlos y Antonio montan un dúo acústico. Pasan horas sacando temas con la guitarra, haciendo versiones y empiezan a dar los primeros pasos en la composición creando sus propios temas. Su repertorio tenía mucho que ver con la música de la costa oeste americana y abundaban los temas de Loggins and Messina, uno de los grupos preferidos de los dos hermanos. Pronto empezaron a dar pequeños conciertos en colegios mayores armados con sus mandolinas, guitarras y haciendo primeras y segundas voces. «Antonio y yo hicimos, además, una grabación para una discográfica, no me acuerdo si era Sony, no estoy seguro. Fue a través de Emilio Aragón. Grabamos como cuatro o cinco temas y todos eran temas propios, no hicimos ninguna versión. Cuando decidimos montar el dúo acústico fue cuando los dos empezamos a grabar, a componer y a desarrollar un poco lo nuestro. Antonio tiene temas..., lo que pasa es que están perdidos en la historia. Antonio y yo tenemos temas anteriores a “Chica de ayer”. Lo que más nos gustaba o nos emocionaba era crear y componer, más que tocar canciones de otros. Aquellos cuatro o cinco temas los compusimos juntos, pero están perdidos. Yo recuerdo un poquito de una de las canciones, nada más. Hace unos años intentamos localizar aquella grabación, pero no fue posible, el máster no apareció por ninguna parte» (Carlos Vega).

Aparte de la grabación, se ha perdido el nombre del grupo, quizá algún día, al saborear una magdalena, Carlos consiga recordarlo.

Música sí, pero todavía no

Antonio, igual que sus hermanos, estudió en el Liceo Francés, un colegio inusualmente abierto y liberal en aquella época. No solo no había uniformes, además, había amplia tolerancia con la forma de vestir de los estudiantes; Antonio podía ir vestido con un abrigo de piel a lo Jimmy Page, el pelo con greñas, y nadie se extrañaba. Esa permisividad abría la posibilidad de fijarse en ciertos personajes del arte, la cultura o la música, referentes a los que emular. El mundo de la música era asimismo especialmente atractivo pues proporcionaba una sensación de libertad y rebeldía, ayudaba a escapar del estándar del país de aquel entonces, triste y cerrado a la modernidad. Si encima tocabas en un grupo, y si además lo hacías bien... nada se te resistía. En casa de los Vega Tallés, el asunto de las vestimentas había que pelearlo. Las discusiones por la forma de vestir de los hijos han sido igual de escandalosas en todas las generaciones, y aunque los hermanos mayores, sobre todo Carlos, abrieran camino, llegar a casa con determinados atuendos no era del agrado de los padres. Que levante la mano quien no haya discutido en más de una ocasión sobre el tema con sus padres y con sus hijos.

En el hogar de los Vega no se acababa de ver con buenos ojos esa querencia de Antonio por la música. Como afición, vale, aceptamos que te guste la música y que quieras tocar la guitarra, pero te pido que estudies una carrera. En aquel momento, Antonio tampoco tenía claro el hecho de dedicarse profesionalmente a la música, eran tantas sus obsesiones, sus aficiones, los temas por los que se interesaba, que tenía dónde elegir. La guitarra siempre estaba, era imprescindible, casi inevitable, pero si la tradición familiar dice que hay que estudiar una carrera, bueno, pues se estudia, qué más dará.

En aquellos años, los padres que se consideraban responsables propiciaban y casi obligaban a sus hijos a tener estudios universitarios; en muchas familias decir no a continuar los estudios se convertía en un drama familiar. Respondía a la necesidad, casi al complejo de los padres de dejar a sus hijos preparados y colocados para la vida. Antonio lo intentó... varias veces. Se matriculó en Arquitectura como su hermano Carlos y aguantó dos años, luego decidió estudiar Física, luego Aeronáutica y luego... luego nada. Antonio lo que siempre quiso fue crear y volar y comprender. Sus elecciones no dejaban de tener cierta lógica: Arquitectura como una carrera de creación, Física como carrera de comprensión, Aeronáutica porque necesito volar... Por el motivo que fuese, ninguno de esos estudios logró motivar a Antonio ni mantener su interés demasiado tiempo. Durante los dos años que estudió Arquitectura, acudía todos los días a la facultad con su guitarra colgada al hombro y la mayoría de las veces ni siquiera entraba a las clases, sino que se quedaba en algún lugar del recinto tocando y charlando con amigos y compañeros. Antonio Vega no fue un niño tímido, ni un adolescente introvertido, ni un joven apocado, más bien al contrario. «Es que, curiosamente, Antonio siempre se ha relacionado muy bien con la gente. Antonio era una persona inteligente y, por lo tanto, sabía relacionarse. Luego, ya más adelante, aprendió a manipular en el sentido de que ese mundo más oscuro en el que se metió te lleva un poco a la manipulación, pero en su caso se trataba fundamentalmente de que le dejaran tranquilo. Durante toda su vida adulta Antonio tuvo que aguantar que todo el mundo parecía creerse con derecho a opinar sobre lo que él tenía que hacer o dejar de hacer. Y aprendió a defenderse de todo eso. Pero, vamos, Antonio ha sido una persona muy sociable y le encantaba estar en fiestas, todo lo que fuera lío, estar con gente» (Carlos Vega).

El fracasado periplo universitario de Antonio se cerró al tiempo que entraba en escena Nacha Pop. La aventura de la música y la casi inmediata posibilidad de firmar un contrato con una discográfica era más importante y atrayente para Antonio Vega que estudiar cualquier carrera. No suponía una elección difícil, no había nada que pensar. La guitarra superaba con creces a la tradición familiar.

Teresa, mi mujer, y Nacho Béjar, mi «hermano»

«No soy nada sin la gente que me rodea, sin mis amigos. La mejor manera de mirar hacia dentro es verme reflejado en ellos» (Antonio Vega).

A Antonio Vega nunca le faltaron amigos, compañeros y cómplices que dedicaron tiempo y energía a cuidarlo. Hombres y mujeres custodios de su talento y vigilantes de sus desmanes, para quienes su amor, cariño y admiración por Antonio sobrepasaba los momentos amargos que venían inevitablemente unidos al camino que él eligió transitar. Teresa Lloret, además de su primer gran amor, fue una de esas personas fundamentales en su vida.

Ambos eran vecinos allá en su barrio, en La Piovera, dos jovencitos que se conocían de vista, pero que no se prestaban demasiada atención. Antonio era unos años mayor que Teresa, y, a esas edades, unos pocos años parecen una distancia casi insalvable. Antonio iba a lo suyo y Teresa también, un «Hola, ¿qué tal?» de vez en cuando y poco más. Lo suyo no sería un amor a primera vista, pero sí un amor que duraría toda la vida.

La urbanización era pequeña y con el tiempo compartieron la misma pandilla de amigos, motos y escapadas al campo de olivos

que era el parque Juan Carlos I, donde pasaban el rato en esas primeras versiones de lo que ahora se llama «botellones», y que en aquellos años no tenían la misma connotación negativa que en la actualidad. Por si Antonio no tenía bastante con Uhu Helicopter, Nacha Pop y el dúo acústico con su hermano Carlos, también la pandilla de amigos montó un grupo. «Montamos un grupo con la gente con la que salíamos. Nos metíamos en un garito y Antonio tocaba la batería, Juanón la guitarra, otro amigo el bajo y yo las teclas. Hasta que un día Marta, la hermanita de Antonio, me tiró una jarra de agua por las teclas y murieron las teclas y murió el grupo. Se llamaba, era muy divertido, teníamos unas mandarinas que se llamaban Rositas de Montaigne, bueno, pues, Los Rositas de Montaigne y tuvimos, pues, no sé... ¿cinco temas?» (Teresa Lloret).

A Teresa sus amigos la llamaban Teclix, por ese grupo, porque tocaba los teclados, de «teclas» y «Teresa», pues Teclix, que a veces los apodos son resultado más del afecto que de la originalidad. El cómo se liaron Teclix y Antonio lo cuenta Teresa en primera persona unas cuantas páginas más adelante, así que se lo dejaremos a ella.

La relación de Antonio y Teresa fue siempre peculiar para los estándares de cualquier época. Cuando empezaron su relación, Antonio ya andaba metido en el proyecto de Nacha Pop y empezaba a atisbar un futuro en la industria musical; Teresa estaba más centrada en iniciar una carrera artística que en la música. En su grupo de amigos estaba Cesepe y otros artistas gráficos, los comiqueros de entonces, por los que Antonio no sentía demasiadas simpatías. Quizá de haberse tratado de otro tipo de mujer, con otro carácter más dócil, Teresa se hubiera dejado absorber por Antonio, pero no era el caso. No fue fácil ni estar ni vivir con Antonio Vega. Ser independiente y fuerte era la única manera de

estar con él. «Nos pasaba al principio de estar juntos que Antonio me dejaba por la noche en el portal de mi casa antes de volver a la suya. Pero entonces yo pensaba, ¿y por qué me tengo que quedar en casa? Y yo cogía mi coche y me iba al Rockola a seguir la noche y, de repente, dentro del Rockola: Antonio. Unas risas. Qué cabrón» (Teresa Lloret).

Las escapadas, el «ahí te quedas que yo me piro» por parte de ambos fue una constante en esos primeros años de estar juntos para Antonio y Teresa. «Estar juntos», porque la palabra «noviazgo» no se amolda a lo que eran los dos y nos llevaría a un territorio erróneo. Se dejaron y se reconciliaron unas cuantas veces y, por lo general, a lo grande, con cierto dramatismo. En una ocasión, Teresa llamó a Antonio para contarle que acababa de tener un accidente de coche y estaba ingresada en el hospital; Antonio aprovechó la llamada para cortar con su chica.

—Sí, vale, pero sabes qué te digo, que esto no funciona, vamos a dejarlo.

—Ah, ¿sí? Muy bonito, tío, muy bonito. Yo aquí tirada en el hospital y tú... Vale, vale...

Teresa no se quedó llorando en su habitación y, a la semana siguiente, se largó a pasar una temporada en Filipinas. A su regreso, Antonio la esperaba en el portal de su casa con la cabeza gacha, el flequillo cubriendo a medias la mirada y las manos en los bolsillos, como cuando la enamoró la primera vez. Teresa le ignoró y, sin cruzar palabra con él, montó en el coche del grupo de amigos que habían venido a buscarla y, no sin cierta pena, le dejó allí, en el portal, mientras le veía hacerse pequeño en el espejo retrovisor.

Antonio y Teresa parecía que se saltaban capítulos y perdían el hilo argumental de su historia de amor. De adorarse el uno al

otro pasaban al hartazgo y la necesidad de poner tierra por medio para acto seguido reencontrarse y... casarse. En una de esas, cuando aún no vivían juntos y sus intereses artísticos los llevaban por derroteros diferentes, Teresa, harta de Antonio, le dijo que se iba una temporada a Seattle invitada por un amigo que le había pedido ayuda para montar un negocio. Al regresar, Antonio estaba saliendo con una chica y Teresa decidió pasar de todo y continuar con su vida y se matriculó en un curso en la Cámara de Comercio. Sin embargo, todos los días, al salir de las clases, Antonio la estaba esperando en la puerta, tan dispuesto a reconquistarla que hasta la llevó a la noria y los caballitos, una de las cosas que más odiaba.

—Que me dejes.

—Es que he pillado una casa y quiero que la veas, a ver si te gusta.

—Pasa de mí. Al que le tiene que gustar es a ti.

—Quiero que sea para los dos.

Y entre tiras y aflojas y caballitos y música de feria, Teresa cedió, volvieron a estar juntos y se fueron a vivir a esa casa que Antonio había pillado para los dos en Clara del Rey. «¿Y si nos casamos y nos montan la casa? En aquel momento vivíamos en un ático en Clara del Rey con una terraza enorme y nada más, ni un mueble, nada. Y en noviembre dijimos, ¿nos casamos? Y el 16 de diciembre, el cumpleaños de Antonio, lo hicimos. Elegimos su cumpleaños para que se acordara de la fecha. No hicimos invitaciones ni nada, avisamos a todo el mundo y nos casamos por lo civil. Cogimos todas las cosas que nos habían regalado, las cambiamos por un cheque y nos compramos un equipazo de música. Y, claro, cuando los amigos venían a vernos nos preguntaban: “Oye, ¿el reloj que os regalé?” “¿Y mi lo que fuera?”. Nosotros contestábamos: “¡Mira cómo suena!”» (Teresa Lloret).